CASA LAMM
CENTRO DE CULTURA
M C M X C III

lammadame

#17
México 2017

Editorial

Alan Loera

La dama se ha recostado en una cama de textos, se sumergió en el campo de los sueños. Cierta noche se encontró con Calderón de la Barca, y en una amena plática acerca de lo onírico afirmó que los sueños simplemente son sueños; a esa conversación se le unió Borges, que la tomó del brazo y le susurró al oído: todos nosotros somos el sueño de alguien más y esta cadena se repite como dos espejos que se ven frente a frente. Lammadame despertó desconcertada.

Agradecemos a Asmara Gay, a Casa Lamm, a sus colaboradores y a ti, por ser cómplice de las diferentes voces que plasman sus creaciones en esta dama de ensueño.

Editora
Tabatha Castellano

Coeditor
Jorge Rodríguez

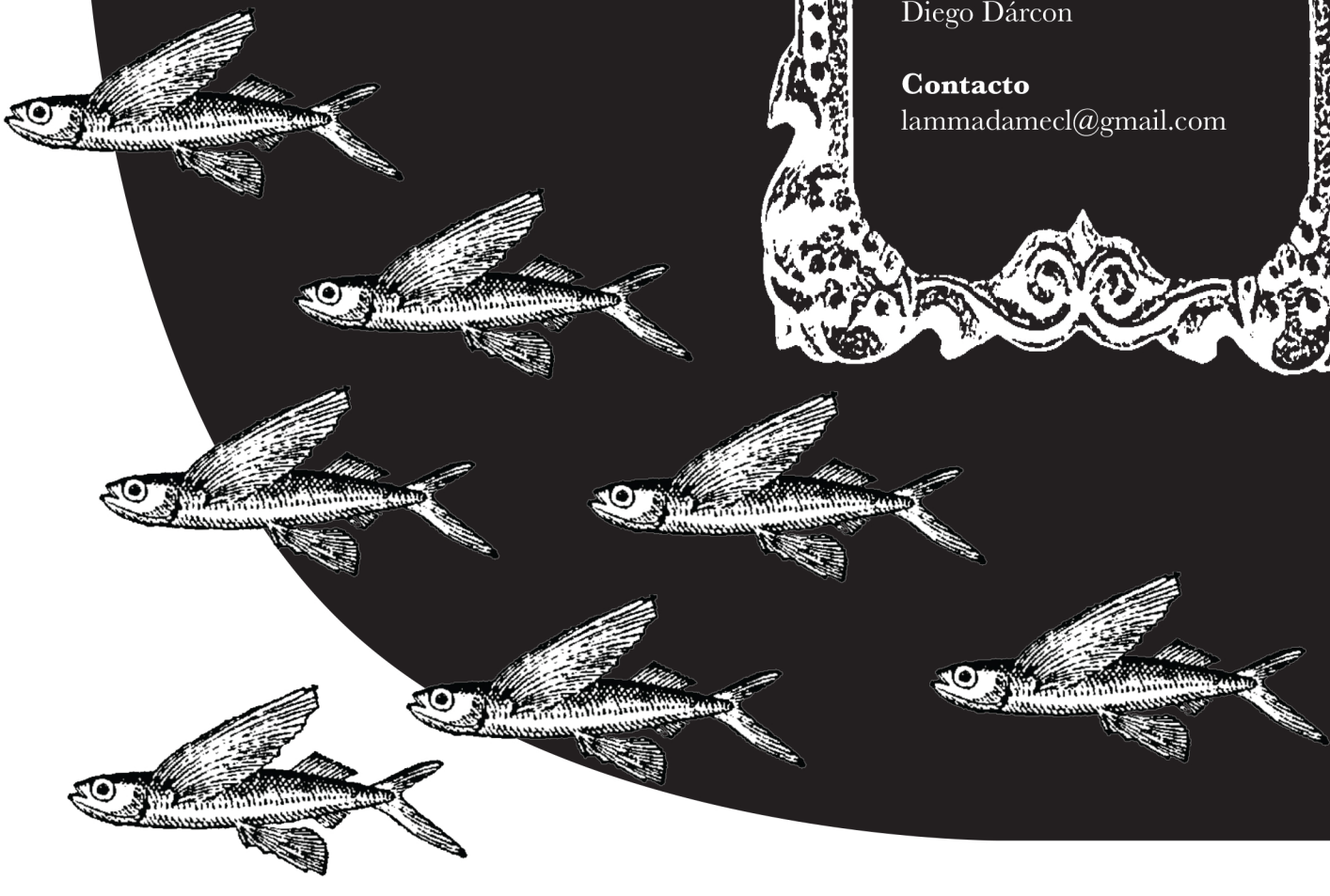
Asistente editorial
Alan Loera

Corrección
Arantza de Bergia
Vania Fuentes

Ilustraciones y Diseño
Andrea Grain Hayton

Colaboradores externos
Misael Carbajal
Diego Dárcon

Contacto
lammadamecl@gmail.com



Uno, dos, tres, pedalea...

Arantza de Bergia

Sabes que no deberías pedir otra cuba libre, sabes que otro trago te llevará al límite… Lo haces porque ¿qué más da? Te gusta la destrucción lenta; saborear la exquisita explosión de tus errores en la madrugada es uno de tus placeres culposos favoritos. Ni siquiera sabes por qué estás tomando ron, ni te gusta. Lo bueno es que tus papilas gustativas ya están plácidamente dormidas.

Empiezas a bailar. Tu cuerpo se siente ligero, etéreo. Tus extremidades son más plastilina que carne, ligamentos y huesos. Cierras los ojos y te dejas ir. Experimentas la manera en la que te mueves y sonríes y te mojas los labios con la lengua y te quitas el cabello del cuello húmedo como una sucesión de actos eróticos que colindan con éxtasis místicos. De repente, el miedo, que empieza agazapado y casi inexistente, explota en tu piel y te penetra a nivel molecular. Abres los ojos: una sombra te observa. Te conviertes en mármol.

Estás corriendo. Sabes que saliste del antro no porque ves la calle —las lágrimas te están dejando ciego—, sino porque el aire que violenta tus fosas nasales se siente libre y frío. Como puedes te limpias el agua salada de la cara y empiezas a reconocer tu alrededor. Sientes que la sombra está atrás de ti, a unos cuatro metros. ¿Huir o pelear? Huir… siempre huyes. Ves una bicicleta. Aunque no sabes cómo andar en ella, te subes. Pedaleas porque la sombra sigue peligrosamente cerca. El éxtasis te abandonó y eres capaz de sentir cómo tus pies hinchados ya no caben en tus zapatos. Apenas puedes mantener el equilibrio, pero tu instinto de supervivencia te inunda las sienes y ya no hay marcha atrás. La presencia de la sombra ya no es tan palpable. Un cráter en el centro de la calle. No lo esquivas. Caes. Y cuando vuelves tu mirada al horizonte… despiertas.

Un imagen, una idea

Los sueños se disfrazan de tantas cosas,
y tantas cosas se componen de metáforas.

Tú eres una:
una imagen que se
nutre del ensueño.

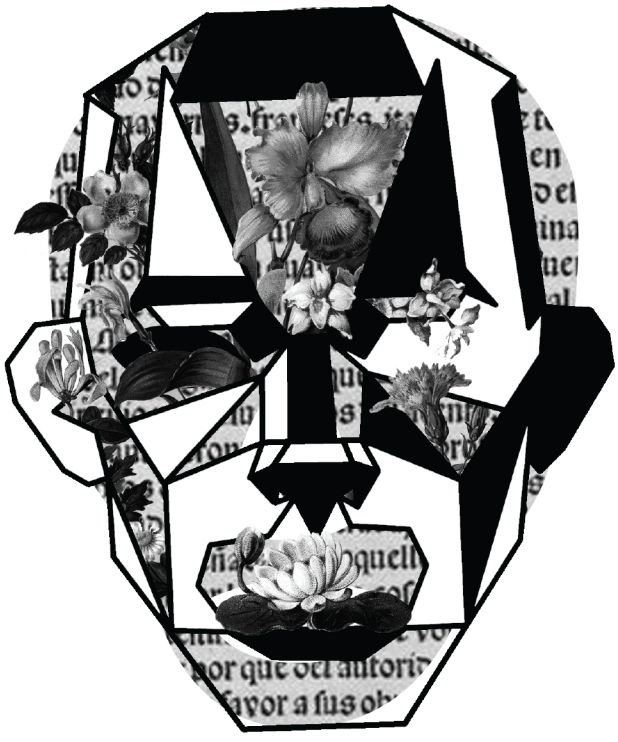
Tú, dulce como el agua,
que admiras a la vida,
que vuelves al tiempo en magia
y a la magia en dama.

Eres brevedad que asusta al futuro,
imagen pasajera que distorsiona los sueños,
delirante palabra que se disfraza en sensaciones.

Rozas la perfección, y es porque la rozas
y no llegas a ella que sé que eres real:
que eres figura terrenal disfrazada de divina.

Eres eso:
un sueño,
una idea,
una silueta que llega y se va,
alivio de memoria rota:
elemento que sana al pasado
y lo vuelve dañar.

Hortensia M.



Laberinto de luciérnagas

25 de abril, 2017

Vierto en el reflejo,
en la idea diluida,
una noche,
una noche desbocada,
arrebata:
por el fulgor,
los retumbos
y las masas.

Abovedada muralla celeste:
muralla azulada, muralla lila:
azul y verde, morada y blanca.

A la que recurro cada tanto:
porque sólo aquí las nubes hacen
ver al cielo sucio y no romántico.

Vengo cada que pierdo sentido a lo que es la vida,
cuando estoy triste, cuando me siento cansado.

Cuando quiero ver
la imagen soñada:
sobre el mar,
sobre la selva,
sobre el reflejo palpitante;

de la bóveda incendiada,
de la nebulosa enmarañada.

Donde el lienzo nocturno
colapsa con el mar
y la laguna,
con cada centella cortada,
acoplada:
a las fosas, a la brisa,
a las luces circulantes.

Marcía Manchado

I

Ya no me escucho
me delimito a este resplandor
que horadé tantas veces con mi cuerpo
acotado por memorias inasibles
envueltas en aromas dulces y acerbos
del carbón nació la noche
que despierta de algún sueño
lívido, abatible, surcando la muerte
de sus recuerdos
un sonido se cuela a mi oído
caracol sin piedad en pensamientos
ya su mítico andar
con paciencia en cada encuentro
deambula como un niño sin ley
ajeno a su reflejo.

II

Cierra tu mano
para que la convierta en piedra
tira tu mano al río
y carga la piedra hacia la cumbre

deja que el sol queme tus ojos
hasta que se ahogue ën tus pupilas

y cuando la noche se disperse
como luciérnagas en fuga

la palabra
que convirtió tu mano
atraviesa el cauce
que fluye sin sospecha

qué callar de mi sombra
piensa el hombre que se observa

el hombre piensa que se observa
en la sombra que lo escribe.

Juan Tovar

Breve guía a la lucidez: cin

1

Manifestaciones de la mirada: Como el roce de las ramas en una ventana a medio abrir o la puerta entreabierta azotando en el cerco. Como el camino que trazan los ojos durante el quinto ciclo. Como la incertidumbre de no saber a dónde van nuestras cosas cuando las dejamos de ver. Como la posibilidad de que nuestros sueños más profundos y nuestras pesadillas más inquietantes quizás tengan un vestigio de encarnación en otra realidad lejana.

(NOTA: No confundir con la mirada en sí. No se puede ver todo como se mira cualquier otra cosa.)

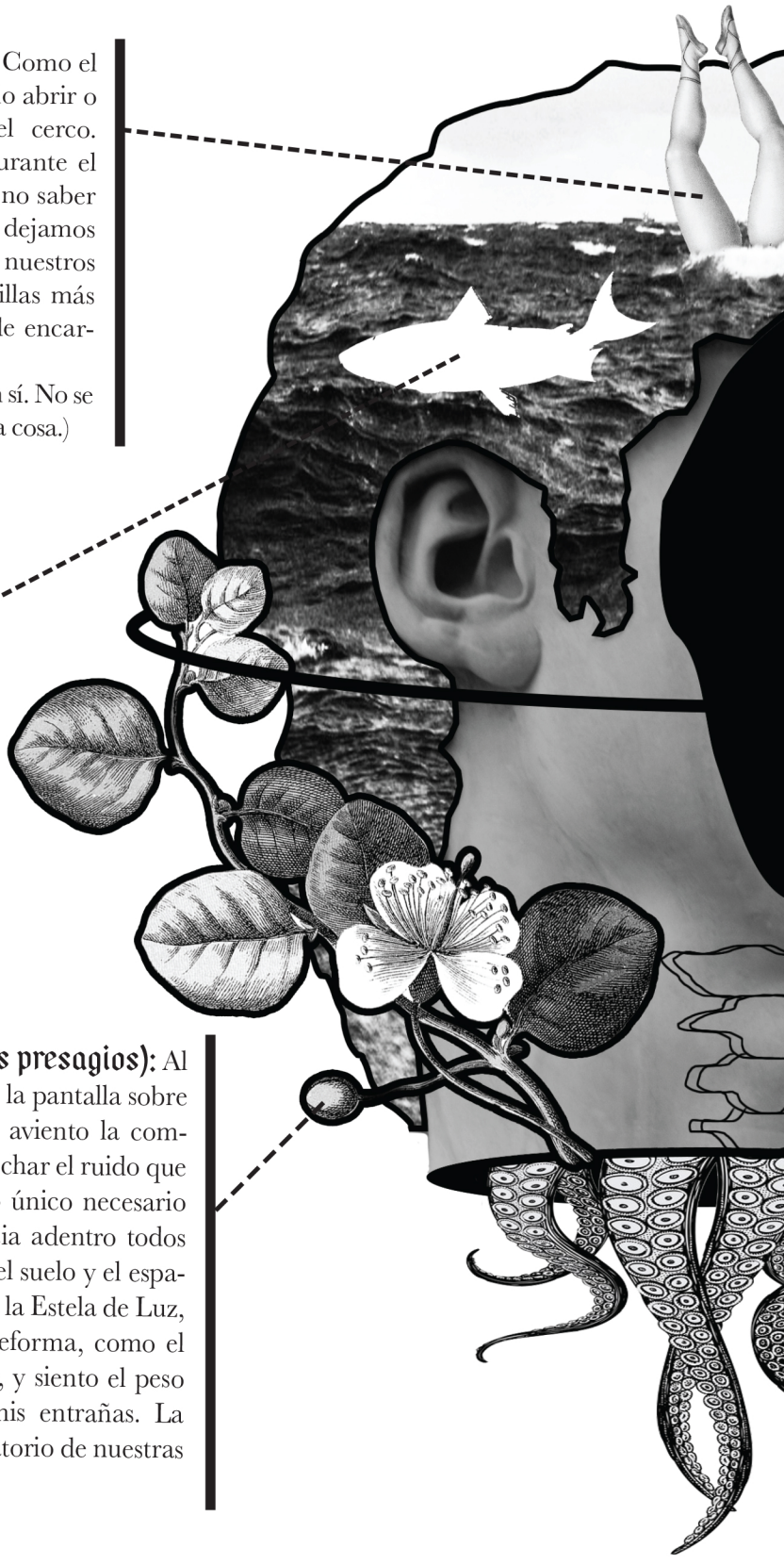
2

El rostro: Como pesada escafandra para salir de la cama. Como cada palabra escrita sobre nuestra piel que no decimos en voz alta. El rostro con la apariencia de hacer una pregunta sin importancia. El rostro que dice al otro «aquí estoy.»

(NOTA: el soñador consciente jamás debe mirarse al espejo durante el sueño. Nadie sabe qué hay del otro lado del ojo de la cerradura o en el revés de las palabras. Por eso hay que caminar con cautela y prestar atención.)

3

Órganos internos (orden de los presagios): Al cabo de seis horas, con el brillo de la pantalla sobre mis córneas, me pongo de pie y aviento la computadora por la ventana para escuchar el ruido que hace al caer. ¿Quién diría que lo único necesario para descomponer de afuera hacia adentro todos los objetos del mundo es tan sólo el suelo y el espacio circundante? Desde la cima de la Estela de Luz, alzo la vista hacia Paseo de la Reforma, como el caminante sobre el mar de nubes, y siento el peso del mundo en el gorgoteo de mis entrañas. La angustia no es más que un recordatorio de nuestras propias posibilidades.



aco recordatorios del sueño

Sebastián Jiménez Galindo

Puntos de contacto con lo que nos rodea:

Para ver el sol es necesario mirar hacia un lado y tratar de imaginar el resto. Para decir algo es necesario jamás denunciarlo directamente. Entre el sol y el punto del meridiano desde donde se mira está la percepción del sol en sí. Muchas cosas sólo pueden ser mostradas de forma indirecta a través de fotogramas que jamás podrán revelar una imagen completa.

(NOTA: El soñador consciente debe prestar especial atención a las narrativas que se esconden en textos y pantallas dentro del sueño. Éstas jamás se desenvuelven de forma continua, y usualmente deben leerse entre renglones.)

4

El rumor de las sílabas en el oleaje del tiempo:

Escribo y no digo nada porque pienso sin decir una sola palabra, y cuando hablo no digo nada tampoco, porque todo se queda del otro lado. Escribo porque me estoy inventando a mí mismo. Voy de un lado a otro, de ida y de regreso, para perder el miedo a jamás avanzar. Siempre estoy empezando de nuevo, y siempre estoy diciendo otra cosa. Afuera, todo sucede.

(NOTA: El registro es esencial para la lucidez. Pero hay que tomar en cuenta que es virtualmente imposible leer y escribir mientras se sueña. La memoria, como suerte de rompecabezas, se convierte en supervivencia. Vivir entre sueños puede resultar peligroso. Existen detalles que pueden anticiparnos posibles contingencias, como la repetición de acontecimientos. No puede ser normal haberse lavado los dientes seis veces, ni salir de la casa cuatro veces sin haber llegado más allá de la puerta. Así en el sueño como en la vida, son los acontecimientos anormales los que nos revelan como seres inasibles. En este apartado se debe reiterar la importancia de prestar atención. Favor de prestar atención.)

5

A mordidas

Intento que mis pasos parezcan firmes. Enderezo la postura y la mirada mientras camino entre la multitud. Mis oídos se vuelven poderosas antenas receptoras de cualquier voz y sonido. Alertas. Ráfagas de aire helado hacen bailar el cabello oscuro de una joven que va adelante. El señor de facciones lánguidas me empuja con una enorme bolsa negra al pasar a mi lado. No se disculpa. Sólo sigue con la mirada fija en cualquiera que sea el blanco de sus preocupaciones. Viajo en una galaxia y cada persona es un planeta distinto con su respectivo caos, belleza y admiración. "No trajiste suéter, te dije que lo hicieras"; el sermón de toda la vida de su madre.

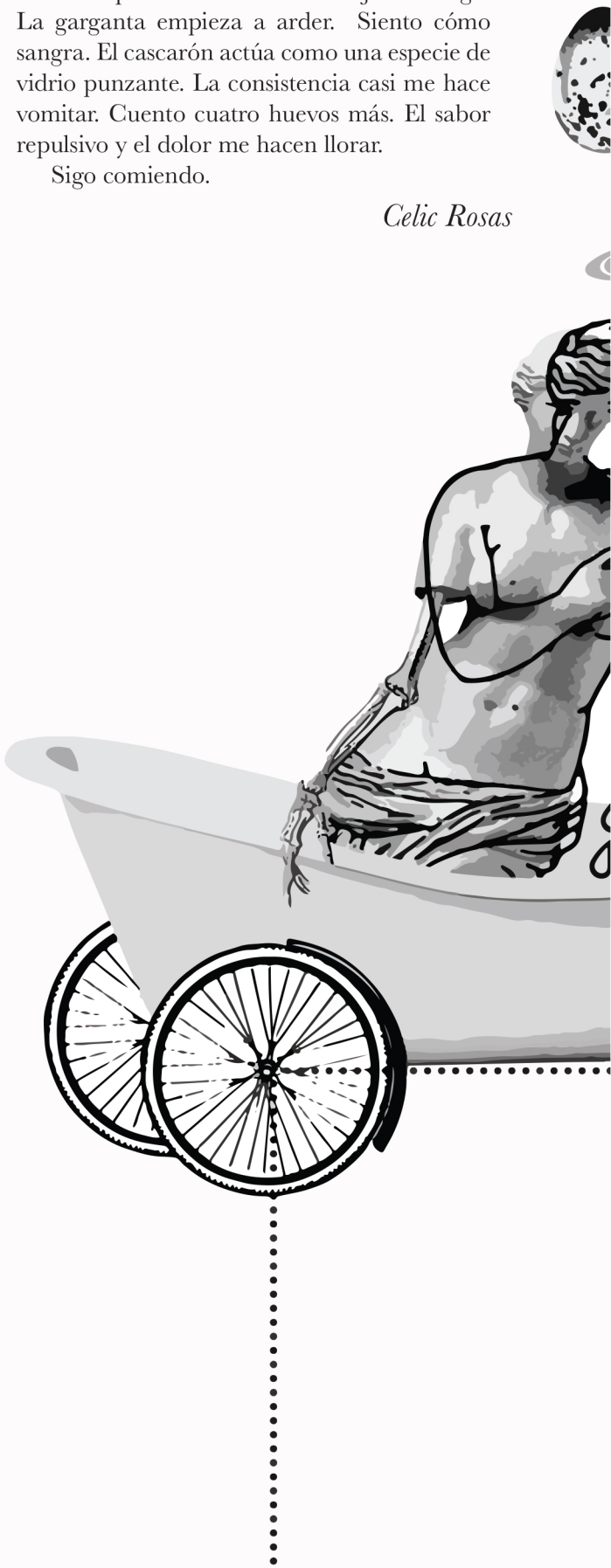
A mi lado y con el mismo paso caminan dos jóvenes. No puedo evitar escuchar su conversación. Parecen ser estudiantes de sicología. "Cuando tengas un paciente con ese caso debes preguntarle, antes que nada, si come porque tiene hambre o para alimentar su estado de ánimo". Curiosa pregunta (¿qué pregunta?). Apresuran el paso y los pierdo de vista cuando cruzan la calle.

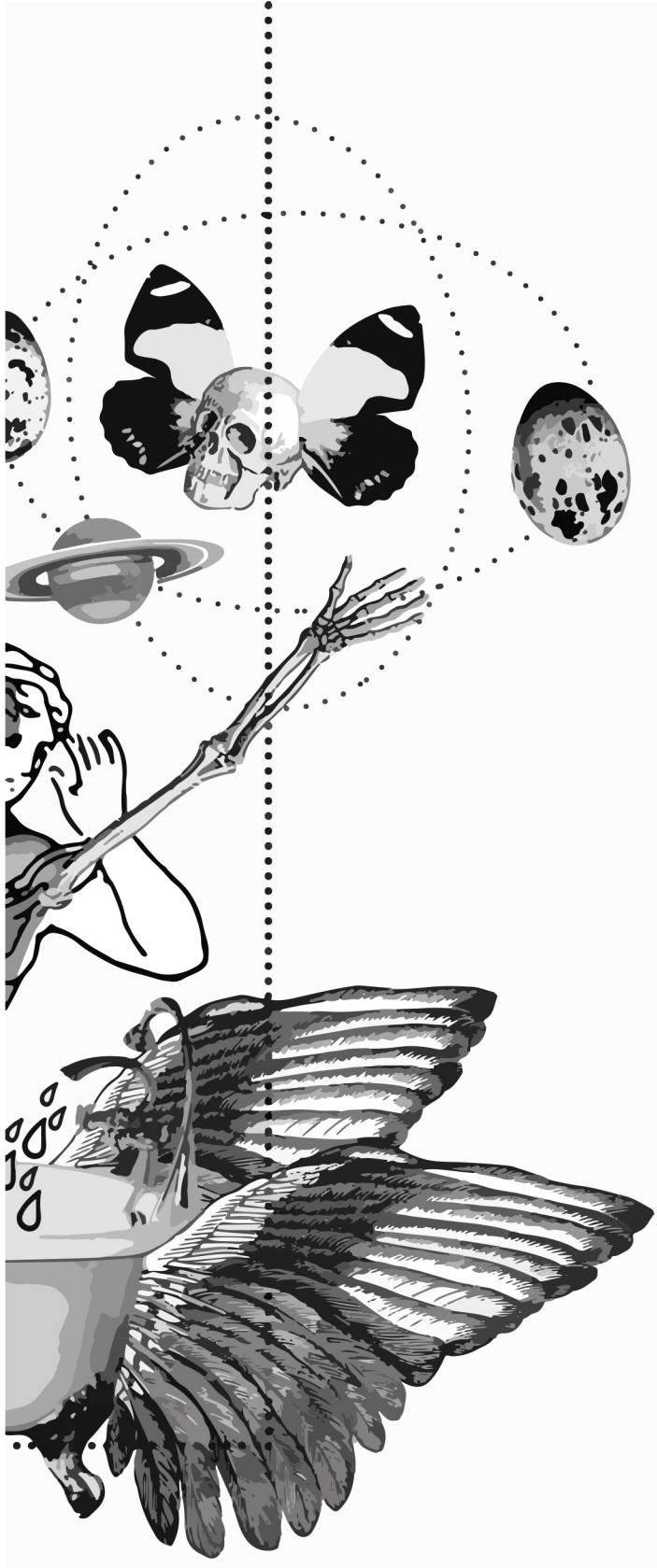
Abro la puerta de la casa. El olor a humedad llega a recibirme y a impregnarse. De no ser por la ventana de la cocina, todo sería penumbra, oscuridad. Enciendo las luces: iluminan un plato azul lleno de huevos de chocolate justo en el centro de la mesa del comedor. Son de colores: rosas, amarillos, blancos y azules. Además de estar rellenos de almendras, están colmados de mi infancia: se asemejan a los centros de mesa en las fiestas de niños.

Arrastro la silla. Me siento frente a ellos. Elijo el huevo más ovalado y reluciente. Doy el primer mordisco. La almendra se fusiona con el chocolate al triturarlo lentamente en mi boca. Elijo otro y esta vez dejo la semilla para el final. Pronto ya llevo cinco. Mi mano se convierte en una especie de pinza automática que se dedica a llevarlos a mi boca. Escojo otro, lo miro detenidamente y lo muerdo. Me duelen las encías. Un líquido baboso y denso comienza a escurrirse por mi boca hasta llegar a mi pantalón. Mastico para descifrar el sabor. Es un huevo crudo, pero también sabe un poco a sangre; el cascarón me cortó. Se entierra. Siento una horrible repugnancia. Me lleno de náuseas y sufro terribles arcadas. La clara se escurre entre mis dedos. Tomo otro. Lo mastico hasta que la clara se tiñe de rojo. Lo trago. La garganta empieza a arder. Siento cómo sangra. El cascarón actúa como una especie de vidrio punzante. La consistencia casi me hace vomitar. Cuento cuatro huevos más. El sabor repulsivo y el dolor me hacen llorar.

Sigo comiendo.

Celic Rosas





Mirada a la libertad

La colina baja y baja, desciende entre lavanda y azahares, se refresca en charcas de frescos lirios. El sol me tortura la mirada. Mis pies apenas sienten el terreno: la punta de los dedos roza la hierba fina.

En ese valle de flores que se extiende por el horizonte no hay otro ser, no hay nadie que vigile; estoy solo, me siento completamente solo. Aquí no llega la noche, la perfección no duerme, el perfume no descansa de su encanto, mi alma busca alivio.

¿Es el azul del cielo más profundo aquí? ¿Son mis penas las que le dan color a este paraje de ensueño? Es lo que temo perder, mi juventud en desperdicio, mis sueños de inconclusa voluntad. Es aquello que anhelo de la vida lo que hace tan perfecto e insoportable el paraje en el que me encuentro.

Y me detengo. En el fondo lo conozco. Si tan sólo la paz de mi corazón pudiera habitar aquí… pero es que no puede respirar en lo onírico, no lo puedo abandonar entre árboles y flores, no puede dormir mientras me enfermode tristeza. Miro. La pendiente me espera, la maldigo, la envidio por tener más control sobre mí que yo mismo. El calor me sofoca. Si pudiera gritar, pediría un deseo: el de salir de mi estrecha visión de lo ideal. Así lo hago y me elevo en el aire impregnado del perfume que dejo.

En la cima, al final del valle, ya en el templo de mi antigua alma, me enclaustro a pensar y a recordar mis virtudes, mis dolencias, y aquellas promesas que me hice y no pude cumplir, pero me escondo en el pasado. Llega el atardecer, el rojo, punzante y amargo atardecer que incendia la lavanda y marchita los azahares; aquel ocaso que espío desde las almenas mientras el sol se desvanece entre montañas de infinita sequía. El humo y su místico olor a savia me despierta, pero mi aletargado ser aún prefiere seguir soñando porque sólo ahí existo, sólo ahí me encuentro. Sólo en lo onírico existe lo ideal.

Xavier Kink

Círculos

Apareció una noche sin aviso; de pronto el lado izquierdo de mi cama estaba habitado por él.

Es un sueño: tengo seis años, estoy recostada en la sala de la abuela, debajo del candelabro, con una lámpara entre mis manos. Diminutas luces se expanden por el techo, como luciérnagas acuáticas; revolotean dentro de mis ojos, me cosquillean los labios, y se duermen, finalmente, en la punta de mi meñique. Somos luz.

Entonces hace ruido. Lo descubro. Se asoma, más allá, entre la esquina y el sillón, algo; nos mira y se relame los surcos de la boca. Poco a poco se acerca. Mi corazón empieza a latir fuerte, tanto que parece querer traspasar mi columna. Quiero correr, pero la negrura de su aura se extiende por toda la habitación. No veo nada: está muy cerca. Lo siento respirar en mi frente. Estiro una mano, para tocarle el rostro… se esfuma la pesadilla.

Abro los ojos. Me cuesta respirar. Siento el agarrotamiento de la pesadilla recorrer cada una de mis vertebras. Reconozco mi habitación, muy lejos de esa sala. Me convenzo de que ya ha pasado. Entonces me percato: uno a uno, todos los relojes de la habitación dejan de sonar. Giro la cabeza lentamente mientras un par de lágrimas delatan el terror que me invade: ahí está, como en el sueño. Es delgado, tanto que se desaparece entre la colcha. No parpadea, no emite sonido alguno. El silencio que él carga es mucho más pesado que el mío. En sus ojos no penetra la luz; tiene las pupilas borradas. Los vellos del rostro le acentúan los pómulos y la nariz. Su cara es tan filosa que, al verla, siento cómo me corta la mirada. De pronto, lo sé: me va a matar. Lloro.

—¿Quién eres? —pregunto tras el estupor inicial; él sólo sonríe con sus pútridos dientes. Intento levantarme y huir, pero los pliegues de su brazo me rodean mientras chasquea su lengua y dice que no con los dedos. Ata mis manos a la cabecera de metal: me lastima. Cuando termina los nudos, se levanta del colchón y camina a la esquina del cuarto.

Lo miro hasta que mis ojos se rinden. Entonces él ríe, o grita, y me perfora los tímpanos hasta hacerlos sangrar.

—Por favor, por favor, cállate —le ruego toda la madrugada.

Suplico cuantas veces puedo con mi voz desgarrándose. Mis órganos se comprimen, uno contra otro, como si el cuerpo se llenara de vacío. Al no resistir la presión, se descosen las heridas de mis brazos: sangro.

Una parte de mí cree tener la respuesta:

—Si me vas a matar, hazlo de una vez —él solo ríe.

Mi cabeza empieza a llenarse de culpas y lágrimas. De pronto ya no recuerdo… Me han importado tan pocas cosas en la vida que, ahora, las que representan algo parecen inútiles. Sólo conservo los ecos de algunas imágenes y todas se resumen en lo mismo: soledad.

Busco contener la desesperación de su presencia. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que desperté. Todos los segundos se aglomeran en mi garganta: no puedo respirar.

—¿Alguna vez lo hiciste?— pregunta con voz sepulcral. Parece que de su voz nacen los lamentos del purgatorio, como si él fuera el fin de todo.

—¿Qué quieres?

Su risa inunda hasta el último rincón del cuarto. Por primera vez en muchas horas se acerca a mí, tanto que mis pulmones se llenan de su hedor. Sus manos levantan la sábana que me cubre y, como si de una navaja se tratara, su lengua raspa mi ropa.

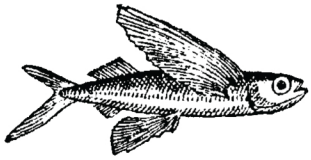
Intento empujarlo. Sus piernas me lo impiden. Se le saltan las venas amarillentas mientras lucha conmigo.

—Por favor no —él continúa su recorrido por mi cuerpo. De pronto algo frío y duro se posa en mi vientre y desciende. Cierro los ojos. Estás soñando, repito una y otra vez. Poco antes de que me penetre, siento un desgarro que me obliga a gritar…

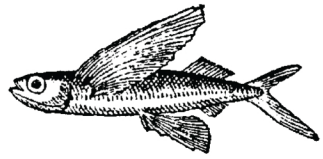
Abro los ojos. La cama está vacía, húmeda. Mi cuerpo se estremece ante el recuerdo. ¿Sucedió? Me levanto para abrir las cortinas. Tal vez sólo fue un sueño, uno muy real.

Intento deslizar la tela para dejar que la luz me golpee, pero no puedo. Intento una segunda vez, entonces lo escucho: atrás de mí, un crujido mezclado con una risa. Lentamente giro la cabeza. Él sigue ahí.

Inés Martínez



Cadáver Exquisito



La humedad de su nuca dejó rastro en la cama.

Me gustaría, pensé, oler lo que quedó de ella.

Me desperté con un mal sabor a vacío; mis labios resecos resentían su despedida.

No estaba seguro: *¿era esto la realidad o seguía en el sueño?*

Sofocante. Todo SOFOCANTE, obscuro. Jalaba el aire pero no sentía el oxígeno avivar la CARNE.

Tenía que salir de aquel frasco antes de que mis patas temblaran por última vez.

Tenía que salir, gritarle al silencio mis más grandes pesares.

Debía hacerlo, debía olvidar el miedo paralizante y luchar contra esta realidad de ensueño.

¿Cómo enfrentarse a algo que se escapa, que evade, que se cuela por los bronquios y las costuras rotas?

Lo que sucedió a continuación fue que el mundo se acabó, pero sólo brevemente.

Mis dedos dejaron de temblar, mis piernas ya no hacían lo que siempre hacen. Mi ansiedad dejó de ser lo que era…

ELLA.

Mi visión, mi fantasía, la razón de todos mis trastornos era aquella imagen que no sabía si era real o una invención.

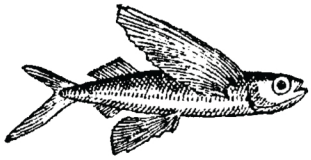
Busqué desesperadamente mi reflejo, pero sólo veía la historia de la humanidad donde se supone hay un par de ojos, una quijada y una *lengua* larga y seca.

Con la mano jalé el músculo hasta sacarlo todo.

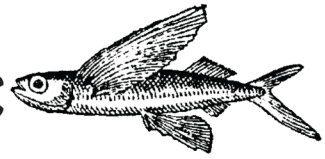
Lo arranqué de un jalón para no volver a pronunciar su nombre.

Desperté mudo.

Lammadame



Hombre de sueños



Asmara Gay

Nadie nunca supo cuál era la fecha de su nacimiento, ni quiénes eran sus padres, ni de dónde vino, solamente se llegó a saber de él lo que él mismo contaba y repetía sin cesar a cada persona que quería saber de él:

"Yo salí de un sueño. Recuerdo que alguien que no era yo estaba soñándome. Había un túnel en el cual él y yo estábamos, uno a cada lado. Parecía una vieja película del oeste, dos sujetos a punto de dispararse. Pero no teníamos armas y estaba muy oscuro, así que apenas nos distinguíamos. De pronto, no sé de dónde, apareció una luz que lo inundó todo, esa luz nos abarcó también a nosotros y lo vi desvanecerse lentamente del sueño, como si estuviera quemándose. Un instante después, yo estaba aquí, en esta tierra a la que llaman mundo. Me he ido adaptando poco a poco, pero ha sido difícil, en especial por las cosas que hay que hacer en esto que nombran vida: comer, trabajar, ir al baño…En el sueño yo nunca tenía que hacer nada de eso".

Por increíble que parezca, la gente estaba fascinada con su historia, y ésta le había conseguido muchos amigos —incluido yo—. Siempre querían escuchar cómo es que "vivía" en el sueño, y entonces proseguía el relato: "bueno, pues ustedes han de pensar que no 'vivía' si nadie me soñaba, pero estarían en un error. Yo 'vivía' en todo momento porque me quedaba en la mente de los hombres y mujeres que me soñaban, como una idea fija, a veces con extrañamiento por aquello que les había comentado en el sueño, otras veces como el recuerdo de un amigo, e incluso como el recuerdo del encuentro con ese alguien, que no tiene nombre ni apellido, pero que está en todos los sueños como una presencia que te observa…".

Ese era él. Contaba esto como algo real, como si pudiera llegar a pasar… Mantuve mis dudas, en particular cuando noté que era demasiado educado y que estaba formado en varias áreas del conocimiento como la filosofía, la arquitectura y la medicina. Me imaginé que, o bien, cursó todas estas carreras dejándolas truncas, o era un autodidacta apasionado de estas disciplinas. Pero él insistía en decirme que conocía de ellas porque así lo soñaron, y que por eso también conocía nuestro idioma y las convenciones sociales que reproducimos cotidianamente.

No puedo decir con certeza si todo lo que contaba era cierto o no, y además empecé a notar que se aburría. La "vida" de este lado del "sueño" parecía no gustarle ni satisfacerle por alguna causa, y eso se percibía en él conforme pasaban los días. Una mañana le pregunté qué le pasaba. "Quiero irme", me dijo, "¿a dónde?", volví a preguntarle, "a cualquier parte", me contestó, "ya no quiero estar aquí".

Intuí que ésta había sido la verdadera razón de su llegada: el cansancio de la rutina que lo alejó de su lugar de origen. Cuando se lo comenté, me dijo que yo estaba loco, que me confundía, lo malinterpretaba y que no entendía nada, absolutamente nada de él. Me dijo que quería volver a su sueño, a su "vida", de donde nunca debió haber salido, que en el sueño estaba la verdadera vida y que la que nosotros conocíamos era una grotesca imitación de aquélla.

No supe qué contestarle, pero lo que me dijo me puso a pensar por varios días y a observar más mis sueños. Creo que incluso llegué a soñarlo, o a alguien muy parecido a él. Estábamos en un café y me contaba que había vuelto a su vida real, que no le dijera que lo iba a extrañar, porque él procuraría en lo posible aparecer en mis sueños, así que nos seguiríamos viendo. No sé si lo consiguió o me estaba tomando el pelo, si volvió a su "vida" o se fue de la ciudad, lo cierto es que ya no lo volví a ver —como él decía—, en esta vida de apariencias y rutinas a la que llamamos mundo real.